



POLITICA EXTERIOR

Las bazas de Damasco

Author(s): Daniel Pipes

Source: *Política Exterior*, Vol. 5, No. 24 (1991/1992), pp. 113-130

Published by: Estudios de Política Exterior S. A.

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/20643179>

Accessed: 11-08-2019 03:56 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Estudios de Política Exterior S. A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Política Exterior*

Las bazas de Damasco

Daniel Pipes

DESPUES de treinta y cinco años de hosquedad en sus relaciones, Damasco y Washington concuerdan, de pronto, en unas cuantas cosas. Soldados sirios y americanos estuvieron juntos en los desiertos de Arabia, donde se enfrentaron con Sadam Husein y se llamaron aliados. Entonces, los medios de comunicación sirios atemperaron su retórica antiamericana, habitualmente virulenta, y los contactos diplomáticos se acrecentaron con uniformidad. En julio, el presidente Hafez Al-Assad aceptó, al parecer sin condiciones, participar en una conferencia de paz patrocinada por Estados Unidos.

Estos cambios, bruscos algunos de ellos, dan origen a varias preguntas: ¿indican un desplazamiento fundamental de la política siria o son sólo hijos de la prudencia? ¿Ha experimentado Assad un cambio de intenciones respecto a Israel o sólo hace ajustes tácticos? ¿Debería Estados Unidos construir sobre esta cuasi-alianza o distanciarse de un tirano brutal?

Para contestar, comenzamos con un análisis del carácter de Assad y un examen de los acontecimientos recientes que han afectado a Siria. A continuación investigamos la relación bilateral básica de Siria: la que tiene con Israel. Dentro de este contexto, finalmente, nos centramos en la política norteamericana.

Como cualquier dictadura individual, Siria está dominada por su gobernante. El presidente Assad emite unilateralmente las leyes y toma la mayoría de las decisiones fundamentales que afectan a los doce millones de sirios que gobierna. Por lo tanto, para comprender la política siria hay que comenzar por Assad.

Una forma de entender el carácter de Assad es compararlo con Sadam Husein. Son aproximadamente de la misma edad (Sadam nació en 1937, Assad en 1930); proceden de zonas rurales pobres; representan a grupos minoritarios de sus países y ambos han gobernado efectivamente desde casi el mismo año (1972, en el caso de Sadam, 1969, en el de Assad). En cuanto a su personalidad, comparten una ambición grandiosa, una gran afición al se-

Daniel Pipes es director del Instituto de Estudios de Política Exterior de Filadelfia. Este artículo es adaptación de su estudio *Damascus Courts the West: Syrian Politics*, 1989-1991.

creto y una visión maniquea que divide al mundo en agentes y enemigos. Ambos tienden a las posiciones límite y tienen más interés en desarrollar sus ejércitos que sus países. Uno y otro han impuesto una centralización extremada para crear un orden estable allí donde previamente había prevalecido el desorden. Sus sistemas políticos descansan sobre el control del partido *Baaz*, el empleo generalizado de delatores y la brutalidad. (*Middle East Watch* ha descubierto que en Irak se “usa habitualmente” la tortura; Amnistía Internacional describía las cárceles sirias “como un centro de investigación de la tortura”). Ambos han buscado en Moscú su apoyo primordial, pero ocasionalmente han hecho la corte a Washington. Han pretendido representar a los palestinos e intentado controlar a los vecinos débiles. Ambos dictadores son tan semejantes como cualquier par de Gobiernos del mundo.

Pero, con todas sus semejanzas, los dos hombres difieren profundamente. Mientras que Sadam se complace en la brutalidad por sí misma, Assad recurre a ella como instrumento de poder. Los sueños de gloria de Sadam deforman su toma de decisiones; Assad conoce sus límites y actúa dentro de ellos. La agresión descarada de Sadam le crea enemigos; la sutileza de Assad le permite evitar complicaciones. Sadam exhibe una vena cada vez más incontrolable de impaciencia y tiene un desastroso sentido de la oportunidad (la invasión de Kuwait no podía haber ocurrido en un momento peor desde el punto de vista iraquí). Assad posee un sentido de la ocasión sumamente refinado. Sondea las debilidades de sus adversarios, espera el momento adecuado, escoge el campo de batalla más ventajoso y ataca. (La toma de Beirut en octubre de 1990, quince años después de comenzar la intervención militar siria, fue una obra maestra política). De esta forma, Assad ha derrotado a un enemigo tras otro: a los Hermanos Musulmanes, a las milicias libanesas, a los soldados americanos en Beirut, a los israelíes en el sur del Líbano y a las Fuerzas Armadas iraquíes. Assad es el virtuoso de la política en el Oriente Próximo.

No es fácil comprender los motivos de Assad, porque sus palabras sólo indican vagamente lo que piensa, y sus acciones únicamente sugieren lo que intenta¹. Según las necesidades, se desliza ágilmente de una política a otra. Durante una década, por ejemplo, condenó regularmente al Gobierno egipcio por su Tra-

1. Recientemente han aparecido en inglés dos biografías de Assad: *Asad, The Sphinx of Damascus: a political biography*, de Moshe Maoz, Nueva York: Weindenfeld & Nicholson, 1988; y *Asad of Syria: the struggle for the Middle East*, de Patrick Seale, Berkeley: University of California Press, 1989.

tado de Paz con Israel de 1979. Luego, en 1989, se reconcilió repentinamente con El Cairo.

Entre esos cambios, sin embargo, se yerguen tres constantes: Gobierno en Damasco por Assad y su pueblo, los alauitas; persecución de una Gran Siria y el deseo de paridad estratégica con Israel. La primera es la más importante. A los alauitas, que constituyen el 12 por cien de la población del país, se les define a veces como una secta del islam, pero el alauismo es en realidad una religión distinta. En consecuencia, un gobernante alauita en Damasco es repugnante para la mayoría de los sirios, y este hecho ha ensombrecido a Assad y a los alauitas desde su ascensión al poder en 1966. La hostilidad musulmana, a su vez, obliga al régimen a reclutar abundantemente dentro de su propia comunidad, con lo que el Gobierno tiene un claro sello sectario. El derrocamiento de Assad llevaría casi con seguridad a la violencia entre las comunidades; aunque sólo sea para protegerse, los alauitas deben mantenerse en el poder. El resultado es un círculo vicioso de hostilidad y represión.

Sin embargo, el Gobierno tiene en cuenta a la mayoría musulmana sunnita de la población evitando las querellas en el terreno interior y acentuando los temas de política exterior. El más destacado de todos éstos, por lo menos desde 1974, ha sido el sueño de la Gran Siria, un territorio imaginario que incluye la Siria actual, el Líbano, Israel, los territorios ocupados, Jordania y una parte de Turquía. Israel es la parte más destacada de las regiones de la Gran Siria, y por ello por varias razones. El antisionismo le permite a Assad redimir la antigua amistad hacia el sionismo de la comunidad alauita (y, por cierto, del propio padre de Assad)². Ello le da pie para aprovecharse de la enemistad de los musulmanes sunnitas hacia el Estado judío, ligando su régimen a la mayoría desposeída. Y da forma retórica a una reclamación territorial: que la región situada al oeste del río Jordán debería estar sometida a Damasco. La ambición de Assad hacia Palestina es directa (reclama Palestina como Siria meridional) e indirecta (defiende los derechos palestinos e intenta hacerse dueño de las organizaciones palestinas). Desde 1978 el objetivo de Assad de controlar Palestina reviste la forma de paridad estratégica con Israel, que Assad define en términos generales: "No quiere decir que deberíamos tener un tanque por cada tanque israelí... la paridad estraté-

2. Por ejemplo, una carta de junio de 1936 dirigida al primer ministro francés y firmada por seis notables alauitas, entre ellos, posiblemente, el abuelo de Assad, expresaba solidaridad con los sionistas de Palestina: "esos buenos judíos llevaron la civilización y la paz a los musulmanes árabes y descargaron oro y prosperidad en Palestina sin hacer daño a nadie ni coger nada por la fuerza". Abu Musa al-Hariri, *Al-Alawiyyun*, Beirut, 1980. págs. 228-231.

gica se compone de muchos elementos. Antes de paridad en armas, es paridad en los ámbitos cultural, económico y político”.

Resulta irónico que precisamente en esas esferas es donde Siria ha actuado más deficientemente en los últimos años. Assad ha impuesto sobre Siria un estado policiaco al estilo soviético, con toda la represión y la pobreza que ello conlleva. *Middle East Watch* ha dicho del régimen de Assad: “Habiendo matado por lo menos a diez mil de sus ciudadanos durante las dos últimas décadas, continúa matando mediante ejecuciones sumarias y tratamientos violentos en prisión. Tortura de modo rutinario y detiene y encarcela a millares de personas sin acusación ni proceso. Persegue a algunas de sus minorías. Niega la libertad de expresión y asociación a sus ciudadanos y les suprime su derecho a una participación democrática en el Gobierno”.

Económicamente, Siria ha estado inmovilizada durante años bajo la coerción del socialismo, las camarillas y los enormes gastos militares. Una política incapaz ha producido una tasa de inflación anual del 50 por cien, una lira siria desafortadamente supervalorada y deudas de unos 6.000 millones de dólares a Occidente y 9.000 millones a la URSS. Aunque el 30 por cien de la fuerza laboral se dedica a la agricultura, es preciso importar cereales. Las ciudades sufren cortes de corriente habituales, y hay artículos comunes, como el papel higiénico, que son inalcanzables durante largo tiempo. El petróleo es el único punto brillante. El país produce ahora unos 480.000 barriles al día, de los cuales se exportan unos 220.000.

El propio Assad tiene poco interés en los temas económicos, exceptuada la producción de petróleo. Y hasta 1987 parecía que no le era necesario, porque las cosas le iban bien. A pesar de la pequeña población de su país, la pobre economía, las tensiones sociales y los conflictos entre comunidades, había convertido a Siria en un actor destacado del Oriente Próximo.

Luego llegó Mijail Gorbachov, la *perestroika*, el hundimiento del comunismo en Europa oriental y la ruina de las ambiciones soviéticas en el Oriente Próximo.

Los cambios ocurridos en el norte han afectado directamente a Siria. Los nuevos gobernantes de Europa central no sólo son propensos a renunciar al antiguo apoyo de sus países a Assad, sino que, según frase del entonces ministro de Asuntos Exteriores israelí, Moshe Arens, estaban “esperando en fila” para reanudar relaciones con Israel.

3. *Middle East Watch: human rights in Syria*, Nueva York: Human Rights Watch, 1990. pág. 134.

Los cambios en la URSS son incluso más preocupantes. El interés de Moscú en la región se ha esfumado a medida que se multiplicaban los problemas interiores soviéticos, y el Kremlin tiene usos más urgentes para sus recursos que el subsidio de las Fuerzas Armadas sirias. Según ciertos cálculos de fines de 1989, los envíos de armas a Siria se habían reducido en más del 50 por cien durante el Gobierno de Gorbachov⁴.

A pesar de estos cambios, los lazos siro-soviéticos siguen siendo estrechos. Moscú continúa comprometido en el Oriente Próximo, y Assad es allí su principal aliado. En 1988, ya bien entrada la administración Gorbachov, Assad concedió a los soviéticos una cesión sin plazo para construir una base naval en la ciudad portuaria de Tartus, lo que hizo de ella la única base soviética en el Mediterráneo y posiblemente la mayor base naval permanente soviética fuera de la URSS. Además, 2.500 consejeros militares soviéticos continúan trabajando en Siria y todavía sigue llegando material soviético avanzado. A principios de 1991, según se ha informado, Assad concluyó un trato de 2.000 millones de dólares en armas soviéticas. En vista de los muchos millares de millones que Damasco debe ya a Moscú, es éste un notable compromiso.

Assad respondió al reflujó soviético transigiendo en antiguas posiciones que le habían perjudicado en Occidente. En 1989, por ejemplo, autoridades del Gobierno aceptaron un encuentro con Amnistía Internacional. Se permitió a las madres y mujeres de los "desaparecidos" que se manifestasen. En marzo de 1990, el Gobierno levantó las disposiciones de la ley de emergencia instituida 28 años antes. Los exiliados sirios fueron invitados a volver, y los predicadores de las mezquitas descubrieron que podían criticar al régimen. En un acto de liberalización característicamente despótico, el Gobierno convocó elecciones parlamentarias el 22 de mayo de 1990 y permitió que los independientes aumentaran su parte de candidatos triunfantes del 18 por cien a un tercio. No fue democrático, pero el permitir que las figuras de la oposición hablaran en mítines públicos sí que representó una concesión.

El año anterior a la invasión iraquí de Kuwait fue testigo de dos espectaculares cambios en la política exterior de Siria. Primero, fue el anuncio hecho en diciembre de 1989 de que se habían restaurado plenas relaciones diplomáticas con Egipto. Después de más de una década de injuriar a los dirigentes egipcios por firmar los acuerdos de Camp David, este acto sugería un

4. *The New York Times*, 24 noviembre 1989.

cambio de alineamiento considerable. Además, Assad suavizó la posición siria frente a Israel. A comienzos de 1990 comunicó al ex presidente Carter su buena voluntad para tratar con los israelíes en ciertas condiciones. De la misma forma, tras una reunión con el presidente egipcio, Hosni Mubarak, celebrada en julio de 1990, Assad anunció que, suponiendo que se cumplieran otras exigencias, estaba dispuesto "a unirse al proceso de paz"⁵.

También para apaciguar los sentimientos occidentales Assad dejó en libertad a varias mujeres judías sirias, redujo la propaganda antioccidental, restableció lazos diplomáticos con Gran Bretaña, concedió facilidad de movimientos a los diplomáticos americanos y coordinó algunos detalles políticos con el Gobierno de Estados Unidos en el Líbano. Detuvo los ataques terroristas contra objetivos occidentales a comienzos de 1989 y apartó a Muhammad al-Khuli, que fue durante mucho tiempo cabeza pensante del terrorismo sirio, de su máxima posición en la información secreta militar.

Así, pues, incluso antes de la invasión de Irak, Assad llevaba a cabo cambios en unos y otros puntos, adaptándolos a sus forzadas circunstancias, pero dejando lo fundamental tan intacto como fuera posible. Entonces Sadam invadió Kuwait.

La crisis del Golfo resultó enormemente beneficiosa para Assad. De partida, causó una elevación del precio del petróleo, lo que le produjo a Siria una ganancia inesperada de 200 millones de dólares. Además le llegaron fondos de los socios de la coalición: la Comunidad Europea contribuyó con 200 millones de dólares para Siria, y los japoneses enviaron un préstamo de 500 millones. Arabia Saudí, Kuwait y los otros Estados del Consejo de Cooperación del Golfo (Bahrein, Qatar, los Emiratos Arabes Unidos y Omán) prometieron más de 2.000 millones.

La crisis elevó también la posición internacional de Siria. Al unirse en coalición con Egipto y Arabia Saudí, el aislamiento sirio dentro de la política árabe llegó a su fin. Descartado Sadam, el influjo sirio llega lejos en la política árabe: excepto Egipto, ningún otro Gobierno puede competir en cuanto a ascendiente.

Más notable aún fue que Assad se uniera a una coalición encabezada por Estados Unidos. Las tropas sirias contribuyeron poco a la lucha, pero sirvieron como símbolo, otorgando a la coalición la sanción de un régimen radical antiamericano y haciendo que le fuera más difícil a Sadam Husein desprestigiar a los socios de Estados Unidos como lacayos. La sanción de Siria fue apreciada en

5. *The New York Times*, 17 julio 1990.

Washington, y Assad no tuvo pelos en la lengua al proclamar su importancia. "Soy su tapadera", les dijo a las autoridades americanas, al tiempo que pedía su *quid pro quo*, ayuda financiera, supresión de Siria de la lista de Estados que patrocinan el terrorismo (lo que ofrecería diversidad de beneficios, incluido el acceso a la tecnología occidental), presiones políticas sobre Israel y una garantía de que Israel no utilizaría la fuerza contra Siria.

En resumen, la posición de Assad contra Sadam Husein le proporcionó una infusión de fondos, nuevos amigos árabes y un aumento de su estatura en la zona. Le permitió también pasarse del campo antiamericano al proamericano con una sola y hábil maniobra. Lo consiguió en sus propios términos, con su dignidad totalmente intacta, con el perdón implícito por las transgresiones pasadas y sin concesiones. Para Assad, la invasión iraquí fue, pues, un acontecimiento providencial, que resolvió varios de sus peores problemas y le rescató del callejón sin salida de la clientela soviética.

La crisis del Golfo le permitió también a Assad alcanzar un objetivo que había perseguido pacientemente durante quince años y que los sirios en general habían estado esperando ver toda su vida: el dominio del Líbano.

Pocos sirios han aceptado al Líbano como Estado independiente desde su creación en 1920. Sin embargo, sólo con el desencadenamiento de la guerra civil libanesa en 1975 se presentó la oportunidad de intervenir militarmente. Desde que comenzó aquella guerra, Siria ha hecho crecer su influencia de año en año. A mediados de los 80, 40.000 soldados sirios controlaban dos tercios del Líbano. Cuando la crisis del Golfo absorbía la atención mundial y evitaba que Sadam Husein ayudara a su protegido libanés, el general Michel Aoun, Assad se movió con rapidez. Quince años de esfuerzo culminaron el 13 de octubre de 1990, cuando en tres horas las fuerzas de Assad ganaron el control de gran parte de Beirut y de la gran mayoría del país: todo menos la "zona de seguridad" israelí en el sur y algunos retazos pequeños en una u otra parte.

En mayo de 1991, los sirios iniciaron una veloz serie de medidas que culminaron en un tratado firmado aquel mes por los presidentes sirio y libanés. Este acuerdo incluía la intención de trabajar unidos en los ámbitos político, militar, económico, cultural y científico; el establecimiento de un consejo supremo compuesto por el presidente y otros tres funcionarios de cada país y una petición formal (con varias condiciones) de que las tropas sirias permanecieran en suelo libanés.

Para acallar la sensibilidad libanesa, no se utilizaron palabras

como “unidad” ni “integración”. La fórmula fue “un pueblo en dos Estados separados”. El ministro de Asuntos Exteriores sirio, Farouk al-Shara, mantenía que una mayoría de libaneses y de sirios verían bien la unión de sus países pero añadía que su Gobierno no la pretendía “de momento”. El asesinato de Michel Salhab, destacado crítico del tratado, un día después de su firma, sugería, sin embargo, que el control sirio del Líbano era ya una realidad.

Esta hegemonía *de facto* en el Líbano permite a Assad ejercer estrecho control sobre los acontecimientos en aquel país como, por ejemplo, suprimiendo la prensa libre a través de la cual sus adversarios solían atacarle. Puede beneficiarse mejor de las ganancias del tráfico libanés de drogas, cuyo producto se estima en 4.000 millones de dólares al año. Y obtiene un nuevo frente militar potencial contra Israel. Todo ello fortalece a Assad, pero la última parte es de importancia especial, porque Siria es la clave del conflicto árabe-israelí.

La creencia en que los palestinos son el *quid* del conflicto árabe-israelí ha hecho que, en ocasiones, los Estados árabes se esfumen de la visión de muchos occidentales. Pero los Estados árabes son en muchos aspectos más fundamentales en el conflicto que los palestinos. Los Estados hicieron la guerra al naciente Israel en 1948 y transformaron un conflicto entre comunidades locales en un asunto internacional. Después de perder la guerra decidieron mantener vivo el asunto negando a los refugiados palestinos la oportunidad de establecerse definitivamente. Los reyes, emires y presidentes árabes fundaron la Organización de Liberación de Palestina (OLP) en una reunión cumbre celebrada en 1964. Los Estados árabes, y no los palestinos, participaron en las guerras de 1967 y 1973. A lo largo de cuatro décadas, los palestinos han sido peones de Bagdad, Ammán, Damasco y las otras capitales estatales, no a la inversa.

Entre estos Estados que se enfrentaban a Israel, Egipto fue mucho tiempo el más importante, debido a su potencia militar, su tamaño, su activa jefatura y su central posición geográfica. Pero este papel concluyó en 1979 con la firma de un tratado de paz con Israel; la acción se trasladó entonces a Damasco, el segundo en poder de los vecinos de Israel. Desde 1979, Assad ha tenido tal control sobre la decisión árabe de hacer la paz o la guerra, que militarmente el conflicto árabe israelí ha sido un conflicto sirio-israelí. Mientras Assad se niegue a entenderse con Israel, el conflicto continúa. Si estuviera dispuesto a hacerlo, las dimensiones internacionales del conflicto árabe-israelí se reducirían rápidamente; el tema palestino se convertiría en un problema local, te-

rible sin duda para los inmediatamente implicados, pero de importancia reducida en el mundo exterior.

Con respecto a temas secundarios, los intereses de Siria e Israel coinciden en varios puntos menores. En el Líbano, por ejemplo, los sirios se mantienen lejos de las regiones esenciales para la seguridad israelí, al tiempo que los israelíes toleran el control sirio de áreas más distantes (con tal que las tropas se mantengan lejos y no se introduzcan sistemas de armas avanzados). Ocurren choques, pero una y otra parte saben lo que la otra está dispuesta a aceptar⁶.

Ambos Gobiernos desprecian a Yasir Arafat y buscan una jefatura palestina alternativa. Aunque hay pocas probabilidades de que los dos Gobiernos estén de acuerdo en un sustituto de Arafat, trabajan de consumo para limitar el área de maniobra de Arafat. En abril de 1991 las fuerzas sirias obtuvieron el permiso de Israel para avanzar sobre el sur del Líbano y arrebatarse la zona del control de la OLP.

Finalmente, cierto número de temas secundarios podrían arreglarse mediante negociaciones. Los israelíes, por ejemplo, están deseosos de coordinar el reparto de las aguas del río Litani. Los acuerdos sobre control de armas —medidas de creación de confianza, zonas desmilitarizadas o reducción de tropas y armamento— ofrecen otro campo de eventual cooperación.

Los Altos del Golán, arrebatados por Israel a Siria durante la guerra de 1967, ofrecen más de un problema. Los israelíes se resisten denodadamente a desprenderse de este territorio, mientras que los sirios lo exigen como condición imprescindible para el progreso diplomático. Pero incluso en esto se da cierto acuerdo tácito.

Varios factores explican la posición israelí. Para empezar, cañones sirios instalados en los Altos del Golán ametrallaron las haciendas del norte de Israel desde 1948 a 1967. Los israelíes quieren conservar los Altos del Golán para garantizar que no vuelva a ocurrir tal cosa. Señalan también el papel vital de zona amortiguadora que la zona desempeñó en 1973. “Sin el Golán —explicaba recientemente un residente israelí de aquella región—, probablemente habríamos perdido la totalidad del norte de Israel”⁷.

También en esto Israel paga poco precio por conservar los Al-

6. Según Isaac Rabin, el acuerdo incluye cinco elementos: las fuerzas sirias se mantienen lejos de la frontera libanesa-israelí; los sirios no introducen en el Líbano misiles tierra-aire; tampoco entran los aviones de combate sirios; la “zona de seguridad” israelí en el Líbano meridional no se discute; y el ejército del Líbano del Sur controla el enclave de Jezzín. *The Jerusalem Post*, 21 mayo 1991.

7. *Der Spiegel*, 25 marzo 1991.

tos del Golán. La frontera está tranquila, y los nacionales sirios de la región son pocos (unos 16.000) y nada molestos. Casi todos son drusos —miembros de una secta derivada del islam, pero no reconocida por los musulmanes mayoritarios—, y por lo tanto encajan tan bien en Israel como en Siria.

Estos factores inducen a los israelíes a ver como suyo el territorio del Golán. Las encuestas demuestran que más del 90 por cien del electorado israelí apoya constantemente la retención del Golán, y los dirigentes israelíes son firmes. El primer ministro Isaac Shamir ha explicado a menudo que Israel no tiene intención de entregar ningún territorio de los Altos del Golán en negociaciones futuras con Siria⁸. Isaac Rabin habla por la mayoría del partido laborista cuando dice: “Incluso en el contexto de la paz con Siria no debemos descender de los Altos del Golán”⁹.

Del lado sirio, aunque Damasco pide ocasionalmente la devolución de los Altos del Golán, nunca hace de ello la cuestión central con Israel, y tiene buenas razones. El control israelí de los Altos del Golán le sirve a Assad para desviar el descontento hacia un enemigo exterior. Como se ha indicado antes, la débil base interior de Assad significa que depende del antisionismo para alcanzar a la mayoritaria población sunnita, y la ocupación israelí del Golán le mantiene en la primera línea de confrontación con Israel.

Pero el mismo motivo que le permite a Assad aceptar la retención de los Altos del Golán actúa contra su aceptación de la existencia de Israel.

Desde 1973, la posición de Assad sobre Israel ha consistido en cinco “noes”, repetidos millares de veces, privada y públicamente:

— No habrá tratos antes de la retirada. Israel debe devolver todos los territorios ganados hasta 1967 antes de que Siria negocie.

— No habrá soluciones parciales. Las medidas creadoras de confianza, el fin del boicot económico, los acuerdos sobre reparto de aguas y cuestiones semejantes no pueden preceder a una retirada israelí; sólo pueden sucederla. (El acuerdo de cese de hostilidades en el Golán de 1974 se considera una excepción)¹⁰.

— No habrá negociaciones bilaterales directas con Israel. Las negociaciones con Israel son aceptables sólo en el marco de una

8. Radio IDF, 18 marzo 1991. Shamir ha afirmado también que la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU “no tiene nada que ver con el Golán” (Televisión israelí, 18 marzo 1991).

9. Radio Jerusalén, 9 abril 1991.

10. *Le Monde*, 11 mayo 1991.

conferencia internacional basada en las resoluciones de la ONU y en un encuentro organizado por las Naciones Unidas.

– No habrá un acuerdo separado para los Altos del Golán. Israel debe también retirarse de los otros territorios obtenidos en la guerra de 1967 –Cisjordania, Jerusalén oriental y Gaza– y debe permitir la autodeterminación de los palestinos.

– No habrá tratado de paz formal. Si los israelíes cumplen todas estas exigencias, Assad firmará sólo un acuerdo de no beligerancia. Ofrece a Israel no guerra, pero tampoco relaciones diplomáticas ni ningún otro lazo normal.

Cada una de estas exigencias es inaceptable tanto para el partido Likud como para el Laborista. Los israelíes están concordes hasta un grado insólito en que las negociaciones frente a frente deben preceder a la evacuación del territorio; en que unas medidas interinas deben preceder a la devolución de territorio; en que no aceptarían una conferencia patrocinada por la ONU; en que Jerusalén es parte integral del Estado judío y en que cualquier devolución de territorios árabes debe ser recompensada por un tratado de paz completo. En otras palabras, Assad puede ofrecer aquellos términos con completa confianza en que serán rechazados por cualquier Gobierno de Israel.

Hasta ahora, tal rechazo le ha convenido a Assad. ¿Hay razones para creer que la cosa ha cambiado? Las pruebas son contrapuestas.

Del lado positivo, Siria ya no posee una opción bélica viable, porque Moscú ya no estimula la belicosidad siria. El propio Assad ha mejorado también las relaciones con Egipto y Estados Unidos. Además, varios de los tradicionales cinco “noes” de Damasco se han modificado:

– No habrá tratos antes de la retirada. Esto ha cambiado. El 14 de julio de 1991, el dirigente sirio aceptó la iniciativa del presidente Bush como “una base aceptable”, indicando la buena voluntad de participar en una conferencia de paz con Israel patrocinada por Estados Unidos y la Unión Soviética.

– No habrá soluciones parciales. El ministro de Asuntos Exteriores Shara dijo al secretario de Estado James A. Baker en marzo de 1991 que dar fin al estado de guerra o adoptar otras medidas antes de una retirada israelí era “como poner el carro delante del caballo”. Dos meses más tarde rechazó explícitamente la diplomacia americana de dos vías (que liga la solución del problema palestino a un arreglo del conflicto entre los Estados árabes e Israel), anunciando que su Gobierno “no acepta una paz por separado entre Israel y Siria, ni entre Israel y los palestinos”.

– No habrá negociaciones bilaterales con Israel. Assad ha

aceptado públicamente “negociaciones separadas” con Israel a condición de que se celebren bajo los auspicios de una conferencia patrocinada por la ONU.

– No habrá acuerdo por separado sobre el Golán. En teoría, el tema palestino es incluso más urgente que antes, porque Assad exige ahora la solución del problema palestino antes de poner fin al estado de beligerancia. No está claro si mantendrá o no esta posición.

– No habrá tratado de paz formal. Las conversaciones de paz se rechazan en Damasco como prematuras. Cuando más, los sirios están dispuestos a ofrecer a Israel un acuerdo de no beligerancia a cambio de los Altos del Golán (y dejar a un lado los otros territorios); esto permitiría a Assad recuperar el territorio sirio capturado sin aceptar la existencia permanente del Estado judío.

Aunque la flexibilidad en los puntos primero, tercero y último parece contrarrestada por un aparente endurecimiento de la posición en el cuarto, la posición diplomática fundamental de Damasco ha cambiado de modo importante en términos generales.

En el lado negativo, aunque el apoyo sirio al terrorismo ha disminuído, sigue siendo una preocupación. Los incidentes terroristas atribuibles a Damasco han decrecido rápidamente desde 1986, especialmente los cometidos contra occidentales, pero no han cesado totalmente (el ejemplo más importante es el de la participación siria en la explosión del vuelo de Pan Am 103 en diciembre de 1988). Además, el patrocinio sirio de los grupos terroristas continúa.

Hay también razones para dudar de si Assad ha abandonado realmente la opción bélica. Si lo ha hecho, ¿por qué continúa Damasco dedicando el 30 por cien del producto nacional bruto y el 50-60 por cien del presupuesto gubernamental a gastos relacionados con lo militar? ¿Por qué son las fortificaciones sirias a lo largo de sus fronteras con el Líbano y con el Golán posiblemente las más fuertes del mundo? ¿Por qué se compraron recientemente armas a Moscú y a Praga, incluidas nuevas baterías superficie-aire más nuevas? En la cuestión de los misiles tierra-tierra, ¿por qué llegaron de Corea del Norte en marzo de 1991 de 60 a 80 lanzamisiles *Scud-C*? ¿Por qué, teniendo 620 aviones de combate, compró Assad 48 MIG-29 y 24 Sukhoi-24? ¿Por qué, teniendo 4.200 tanques, ha comprado 300 más? Además, ¿por qué dos fábricas sirias (cerca de Damasco y de Homs) producen varios centenares de toneladas de gases químicos un año tras otro, y por qué se monta el gas en misiles tierra-tierra?

La posibilidad de que Assad se lanzara a la guerra para salvar

a su régimen levanta la cuestión alternativa de si hacer la paz es compatible con la retención del poder por su parte. ¿Es un dictador poderoso que puede ignorar la opinión pública y poner fin a la lucha con Israel si lo desea? ¿O es su Gobierno minoritario demasiado precario para permitirse dar ese paso?

Cuando es necesario, Assad puede desafiar a su pueblo y lo hace. Así ocurrió en 1974 cuando firmó el acuerdo de cese de hostilidades con Israel, en 1976, cuando apoyó una coalición de cristianos libaneses contra los musulmanes y palestinos, y en 1980 cuando apoyó a Irán en su guerra con Irak. Más recientemente, con la impopular decisión de unirse a la coalición antiiraquí.

Muchos sirios cayeron bajo el hechizo de Sadam y desaprobaron vehementemente la política antiiraquí de su Gobierno. En las ciudades orientales de Siria surgieron manifestaciones en favor de Sadam. Los manifestantes entonaban consignas proiraquíes, hacían ondear banderas de aquel país y llevaban retratos del hombre al que sus medios de comunicación denominaban "el carnicero de Bagdad". En el sur de Damasco, algunos manifestantes incluso desfiguraron carteles de Assad, acto extremadamente provocativo y peligroso. En septiembre de 1990, diplomáticos sirios y extranjeros estimaban que el 75 por cien de la población siria apoyaba a Sadam; en diciembre, las autoridades sirias ponían el número en 65 por cien.¹¹

En pocas palabras, la popularidad de Sadam entre los sirios estaba casi a la par con la que tenía entre los jordanos. Pero el rey Husein de Jordania se sintió obligado a apaciguar este sentimiento; Assad pasó por encima utilizando la fuerza y la propaganda. Unos 50.000 soldados reprimieron violentamente las protestas de finales de agosto y mataron a docenas de personas. Se bloquearon con interferencias las emisiones de televisión favorables a Sadam hechas desde Jordania y las transmisiones de la CNN desde el Líbano.

Al mismo tiempo, el régimen intentaba apaciguar a la opinión pública. Funcionarios del partido Baaz pronunciaron charlas por todo el país para justificar la posición del Gobierno. Los medios de comunicación sirios ignoraron virtualmente a los 18.000 soldados sirios destacados en Arabia Saudí y que en la práctica operaban bajo mando norteamericano¹². Además, las tropas sirias se

11. *The Wall Street Journal*, 27 sept. 1990; *Time*, 3 dic. 1991; *The Christian Science Monitor*, 28 marzo 1991.

12. Por el contrario, los medios saudíes subrayaron fuertemente la presencia de tropas sirias como parte de su pretensión de que no existían 540.000 soldados americanos.

mantuvieron al margen de la lucha real con Irak. Este tratamiento sensiblemente cuidadoso de la opinión pública sugiere una sensación de vulnerabilidad.

En resumen, Assad, como cualquier gobernante avisado, prosigue una política impopular sólo cuando cree que debe. Como las decisiones internas son más críticas para la supervivencia del régimen, impone con regularidad su voluntad en el país (por ejemplo, nombrando alauitas para las posiciones más sensibles). En política exterior parece más reacio a desafiar la opinión de la mayoría. Esto explica la orientación hacia la Gran Siria del régimen y su virulento antisionismo.

Assad podría hacer probablemente las paces con Israel si existieran los incentivos adecuados: por ejemplo, si entenderse con Israel fuera la alternativa a una amenaza importante contra su Gobierno o a una guerra desastrosa se movería en esa dirección. Pero esto parece improbable en la actualidad.

Los dirigentes árabes han buscado en Moscú los medios para hacer la guerra a Israel, en Washington los medios de hacer las paces. Con el tiempo se han dado cuenta de que es más probable obtener territorio de Israel mediante la diplomacia que mediante la guerra.

Pero existen dos modelos de negociación árabe con Israel: el modelo Sadat y el modelo Arafat. Anwar al-Sadat era esencialmente sincero: cambió su política, resolvió problemas con Israel y firmó un tratado de paz. Arafat es insincero y ha utilizado las negociaciones para modificar la opinión pública israelí, separar a Washington de Jerusalén y mejorar su posición, al tiempo que no experimentaba cambio de ánimo alguno respecto a la aceptación de Israel.

Hasta ahora, Assad encaja mejor en el modelo Arafat. Específicamente imita a Arafat en su visión de las negociaciones como un medio alternativo a la destrucción del enemigo. No muestra interés en llegar a un acuerdo con Israel; muy al contrario, las bases de la política siria hacia Israel se mantienen, igual que los motivos principales: amortiguar el legado alauita de prosionismo, tomar prestado el antisionismo sunnita, mantener la ideología baazista.

Además, cualquier arreglo haría de Israel otra potencia más de la región y un participante en la diplomacia del Oriente Próximo. Si tal fuera el caso, Jerusalén encontraría seguramente más puntos comunes con El Cairo y Amman que con Damasco, y todos unirían sus esfuerzos para limitar la potencia siria. La influencia israelí aumentaría también en el Líbano. En otras palabras, Assad

tiene buenas razones para trabajar contra la integración israelí en la política de la región.

Sin embargo, es improbable un estallido de gran consideración. Probablemente, Assad se limitará a medios pacíficos en sus relaciones con Israel en vez de estropear las precarias relaciones de Damasco con Occidente o arriesgarse a una humillación militar. Probablemente no irá más allá, porque los sirios preferirían no pagar el precio político de una solución con Israel. Al mismo tiempo, los israelíes preferirían no correr el riesgo militar a entregar los Altos del Golán. Así, aunque existen todas las razones para que el Gobierno de Estados Unidos busque un proceso de paz entre Siria e Israel, esto debe emprenderse con esperanzas modestas, paciencia y buen sentido de los límites.

Se han contestado dos preguntas iniciales. La crisis de Kuwait no ha producido un cambio fundamental de la política siria; Damasco, sencillamente, está haciendo lo más que puede dentro de una situación difícil.

En segundo lugar, no ha habido cambio de ánimo hacia Israel, sino ciertos ajustes tácticos convenientes. ¿Debería, entonces, Estados Unidos construir sobre esta nueva cuasi-alianza o distanciarse de la tiranía de Assad?

A modo de contestación, deben observarse tres pautas:

– Esperar pocos cambios importantes en Damasco mientras gobiernen Assad y los alauitas. El régimen tiene ciertos matices de asediado y no corre riesgos innecesarios. Son más probables cambios importantes cuando los sunnitas recuperen el poder.

– La economía es el punto débil de Assad. Como el bloque soviético ya no proporciona fondos como antes y como la mayoría de los ricos Estados petroleros del Oriente Próximo cooperan con Estados Unidos, Washington puede ejercer influencia mucho mayor sobre los ingresos del exterior que subvencionan la potencia militar que sostiene la agresiva política exterior de Assad.

– Siria es una pieza central del conflicto árabe-israelí. Por lo tanto, el lanzarse a un proceso de paz a toda escala sin Siria carece de realismo. Las otras partes no pueden tomar las decisiones fundamentales de paz y guerra; están intimidadas por Damasco y no serían capaces de sostener sus acuerdos con Israel.

Dentro de estas pautas, el peligro principal es hoy que Washington está a punto de repetir con Assad la equivocación que cometió con Sadam: relaciones demasiado amistosas que duraron demasiado tiempo. Esto sugiere dos consideraciones: primero, que en el Oriente Próximo hay muchos países cortejados y armados por una potencia exterior que se vuelven más tarde hacia su protector. Sadat lo hizo con los soviéticos, Jomeini con los ameri-

canos, Sadam Husein con ambos. Si le dan la oportunidad, Assad puede volverse también contra Washington.

En segundo lugar, del lado americano existe una tendencia a imbuir las alianzas tácticas de una amistad que no es recíproca. Los americanos esperaban que Stalin cooperara con ellos después de 1945; Europa oriental fue la víctima. Los lazos de Estados Unidos con Sadam Husein deberían haber cesado en 1988, al mismo tiempo que la guerra entre Irak e Irán, pero neciamente se prolongaron otros dos años. La misma equivocación puede repetirse con Siria. Era adecuado que en noviembre de 1990 George Bush ligara Siria a la alianza encabezada por Estados Unidos diciéndole a Assad lo que éste deseaba oír. Terminada la guerra, ha llegado el momento de establecer una posición americana más exigente.

Para empezar, las autoridades americanas deberían recordar a Assad (y a sí mismas) que los lazos duraderos entre Estados dependen de la existencia de valores comunes. El secretario de Estado Baker dijo anteriormente, después de mantener encuentros en Siria: "Sólo podemos tener relaciones estrechas con países que compartan nuestros valores fundamentales". Específicamente, Washington debería exigir cambios en todos los campos como precio de la continuidad y del futuro de su cooperación.

Damasco ha expresado su deseo de entrar en un proceso de paz árabe-israelí, aunque lo haya hecho de una manera muy restringida e inescrutable. Este es un buen comienzo para la mejoría de las relaciones, pero no es suficiente. Además, Assad debe mostrar ahora flexibilidad y seriedad de propósito en esas negociaciones. También debe tomar medidas que alteren la misma naturaleza de su régimen. Figurarian entre ellas: mejoras considerables en cuanto a derechos humanos; reembolsar los 1.000 millones cumplidos de dólares que debe a Occidente, cuyos pagos están ya retrasados (tarea facilitada mucho por los ingresos de la exportación de petróleo); poner fin a la acumulación de armamentos y en lugar de ello dedicar más recursos a la elevación del nivel de vida de los sirios; detener y procesar a los terroristas, expulsar a las docenas de grupos terroristas que operan tomando como base Siria o los territorios ocupados por Siria y poner fin a la participación directa de este país en el terrorismo; ir retirando las tropas sirias del Líbano y acabar con la complicidad y el patrocinio sirios del comercio libanés de estupefacientes.

Diversos gastos simbólicos y de buena fe tendrían también amplias consecuencias en el saneamiento de la atmósfera: compensar a las víctimas americanas de los ataques terroristas patrocinados por Siria; permitir a los estudiosos y periodistas occiden-

tales entrar en aquel país, no restringir indebidamente sus movimientos y no censurar sus informes; contribuir a la liberación de todos los rehenes americanos en el Líbano; dejar en libertad a los 4.000 judíos que siguen estando cautivos en Siria y disponer la extradición a Occidente de personajes como Alcis Brunner (el nazi de más alta graduación que todavía queda libre, considerado por Simón Wiesenthal "el peor de todos" los criminales del *Tercer Reich*) y Ahmad Jabril, jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina, mando general.

Algunas de estas peticiones puede que carezcan de realismo a corto plazo. Con todo, merece la pena que se hagan, porque señalan posiciones americanas duraderas. Como hemos visto en otros lugares del mundo, algunas posiciones americanas que parecieron desesperadamente idealistas durante décadas seguidas pueden convertirse repentinamente en política de vanguardia.

Es realista esperar el cumplimiento de estas medidas porque ninguna de ellas daña los intereses nacionales de Siria. Más específicamente, con excepción de la mejoría en cuanto a derechos humanos, tampoco alteran la capacidad del régimen de Assad de retención del poder. A Assad habría que hacerle entender que el rechazo de esos cambios implica una falta de interés auténtico en mejorar las relaciones con Estados Unidos; allí hasta donde los acepte, Washington debería responder positivamente.

¿Qué puede hacer Washington para dar fuerza a estos puntos? El enfoque más prometedor es a través del libro de cuentas de Damasco. Damasco sigue siendo beneficiario del sistema generalizado de preferencias, programa que permite a los países pobres exportar artículos manufacturados a Estados Unidos con derechos aduaneros reducidos, aunque puede que no cumpla las disposiciones referentes a derechos de los trabajadores y terrorismo. Hoy no se requiere a los sirios que obren en correspondencia por los beneficios comerciales que ya disfrutaban, en especial el acceso a la técnica petrolera americana para trabajar sus difíciles yacimientos petroleros. Los sirios buscan dinero en los mercados financieros americanos y en las inversiones comerciales americanas en Siria y en el comercio. Todo esto puede ser denegado. Además, se pueden retirar créditos, denegar la condición de nación más favorecida y rehusarle el seguro respaldado por el Gobierno.

Idealmente, los amigos de América, tanto occidentales como árabes, deberían tomar medidas semejantes; si no lo hicieran, Washington debería ejercer presión sobre ellos. Como mínimo podría inducirseles a no subvencionar la economía siria.

Si los dirigentes americanos decidieran hacer de la doma de

Siria una prioridad destacada, podrían adoptar otras medidas, entre ellas una reducción de las misiones diplomáticas de Siria, la imposición de restricciones de viaje a los súbditos de este país y presiones sobre los Estados cercanos para que asumieran una posición más dura frente a Siria. Yendo más allá, se podría ayudar a los enemigos sirios de Assad a derrocarlo, con la idea de llevar al poder en Damasco a los sunnitas.

No es este el momento de decidir entre estas opciones, pero los americanos deberían tener presente el peligro que representa Damasco. Assad es un enemigo formidable; influir sobre la política siria requiere una mano firme y la voluntad de resistir los contratiempos. Sobre todo, las relaciones bilaterales americano-sirias son profundamente desiguales. Assad necesita ahora el favor de Estados Unidos más que a la inversa. Pero intentará inducir a Washington a que le pague por dejar que le ayuden, y esto no debe ser así. Las relaciones americano-sirias sólo pueden prosperar si las autoridades americanas se adhieren a posiciones que sean moralmente bien asentadas y políticamente sólidas.

De igual manera, si Estados Unidos presiona a Israel para que haga concesiones, los dirigentes de Damasco no tendrán incentivos para conceder nada de importancia, y mucho menos llegar a entenderse con Israel.